

JOHN W. DOWER

CULTURAS DE GUERRA

Pearl Harbor, Hiroshima, 11 de septiembre, Iraq

Traducción de
DAVID LEÓN

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prefacio. Evolución de un escrutinio</i>	9
Nota sobre los nombres japoneses	26
Nota sobre las ilustraciones	27
<i>Agradecimientos</i>	29

PRIMERA PARTE

«PEARL HARBOR» COMO SÍMBOLO: GUERRAS DE AGRESIÓN Y ERRORES DE INFORMACIÓN

1. LA INFAMIA Y EL ESPEJO ROTO DE LA HISTORIA	35
«Pearl Harbor» como símbolo.	36
El bumerán de «Pearl Harbor»	47
2. CUANDO FRACASA EL SERVICIO DE INFORMACIÓN	57
Preludio de Pearl Harbor	57
Preludio del 11 de septiembre	63
Autopsia de Pearl Harbor	71
Autopsia del 11 de septiembre.	77
3. FALTA DE IMAGINACIÓN	83
«Esos amarillitos hijos de puta»	83
Racionalidad, desesperación y riesgo	92
Ayudar e incitar al enemigo.	97
«Ese terrorista de tres al cuarto de Afganistán».	102
4. INOCENCIA, MAL Y AMNESIA	107
Catástrofe y transferencia de inocencia.	107

El mal y su transferencia	115
Amnesia y monstruos de Frankenstein	121
El mal cuando vale la pena.	136
5. GUERRAS DE AGRESIÓN E IDIOTECES ESTRATÉGICAS.	147
Pearl Harbor y la Operación Libertad Iraquí	147
El sistema del emperador y la presidencia imperial.	154
Optar por la guerra	168
Idioteces estratégicas.	172
Engaño y autoengaño	184
El mal de la victoria y las puertas del infierno.	193
6. «PEARL HARBOR» COMO AGUA DE MAYO.	201

SEGUNDA PARTE

LA ZONA CERO DE 1945 Y LA DE 2001:
TERRORISMO Y DESTRUCCIÓN MASIVA

7. «HIROSHIMA» COMO SÍMBOLO	217
8. LA GUERRA AÉREA Y LOS BOMBARDEOS QUE SEMBRARON EL TERROR DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	231
Ciudades fantasma.	231
Ya no hay no combatientes	235
«Aumentar el terror de la población» en Alemania.	241
A por el Japón	247
Incendio de las grandes ciudades.	252
«Labores de quema» y «objetivos secundarios»	258
Moral, conmoción y guerra psicológica	262
9. «LA BOMBA MÁS TERRIBLE DE LA HISTORIA DEL MUNDO»	275
Zonas cero de 1945	275
Los preparativos para la zona cero	284
Convertidos en muerte	288
Poner fin a la guerra y salvar vidas estadounidenses	293

10. LA LÓGICA IRRESISTIBLE DE LA DESTRUCCIÓN MASIVA . . .	305
Fuerza bruta	305
Agosto de 1945 y las opciones rechazadas	309
Rendición incondicional	320
La política de fuerza y la guerra fría	329
Política partidista	338
11. HECHIZO, BELLEZA Y ANIQUILACIÓN IDEALISTA	343
Hechizo científico e imperativos tecnológicos	345
Ímpetu tecnocrático y maquinaria bélica	350
La estética de la destrucción masiva	363
Venganza	372
Aniquilación idealista	379
12. NUEVOS MALES EN LA TIERRA: 1945 Y 2001	385
El mal sin vuelta atrás	385
Arrogación de Dios	389
Guerra santa contra Occidente: <i>seisen</i> y <i>yihād</i>	395
Zonas cero: terrorismo de Estado y extraestatal	400
Gestionar el salvajismo	404

TERCERA PARTE

GUERRAS Y OCUPACIONES:

GANAR Y PERDER LA PAZ

13. EL JAPÓN Y EL IRAQ OCUPADOS	417
Ganar la guerra y perder la paz	417
El Japón ocupado y el ojo del espectador	420
Mundos inconmensurables	424
Planificación del Japón de posguerra	431
Ocupar Iraq a tientas	447
Repudio de la ingeniería social	457
Bagdad en llamas	466
14. CIERTA CONVERGENCIA: LEY, JUSTICIA Y TRANSGRESIÓN.	473
Cambiar la ley	473
Ocupación legal y ocupación ilegal	477

Crímenes de guerra y el culatazo de la justicia de los vencedores	481
Esferas de influencia y la laguna de los ejércitos derrotados	495
Derroche de activos intangibles	509
15. CONSTRUCCIÓN NACIONAL Y FUNDAMENTALISMO	
DE MERCADO	515
Modelos de autoridad y capitalismo	515
Corrupción y crimen	518
Éxito y fracaso de la desmilitarización	523
«Universalistas» contra «especialistas»	528
Privatización de la construcción nacional	533
Dejar Iraq «abierto a la inversión»	538
Ayuda en dos eras distintas	544
Lucha pasada contra el oportunismo	557
Legados diversos en tiempos de perdón	559
<i>Epílogo. Misiones inútiles y oro falso</i>	<i>567</i>
Cleros laicos y estrategias políticas basadas en la fe	567
Una misión inútil	574
Oro falso	578
<i>Notas</i>	<i>587</i>
<i>Índice alfabético</i>	<i>661</i>
<i>Índice de ilustraciones</i>	<i>693</i>
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	<i>697</i>

PRIMERA PARTE

«PEARL HARBOR» COMO SÍMBOLO:
GUERRAS DE AGRESIÓN Y ERRORES
DE INFORMACIÓN



LA INFAMIA Y EL ESPEJO ROTO DE LA HISTORIA



Poco después del mediodía del 8 de diciembre de 1941, compareció ante una sesión conjunta del Congreso el presidente Franklin Roosevelt a fin de ofrecer una de las comunicaciones de guerra más célebres de la historia. Comenzaba en estos términos:

Ayer, día 7 de diciembre de 1941, fecha que pervivirá en la infamia, Estados Unidos de América fue víctima del ataque repentino y deliberado de las fuerzas navales y aéreas del Imperio del Japón.

La referencia a una «fecha que pervivirá en la infamia» no tardaría en quedar grabada con letras indelebles en la historia de la nación estadounidense, aunque pocos saben que semejante alarde retórico fue producto de una segunda redacción.

El Ejército japonés había elegido adrede un día tranquilo como el domingo para acometer su incursión. La primera tanda de aviones se abatió sobre la base procedente de seis portaaviones poco antes de las ocho de la mañana. Tres horas después, en torno a las cinco de la tarde según la hora de Washington, el presidente llamó a su secretario para dictarle el mensaje que quería dar a la nación. En él no participó ningún otro redactor: las palabras eran todas de Roosevelt, y aún tenemos a nuestra disposición el texto mecanografiado que salió de aquella sesión, profusamente anotado a lápiz en las sucesivas revisiones del presidente. En el escrito original podía leerse: «Ayer, día 7 de diciembre de 1941, fecha que pervivirá en la historia del mundo».¹

Las segundas redacciones, a veces, pueden suponer una diferencia pasmosa.

«PEARL HARBOR» COMO SÍMBOLO

De manera inmediata, la palabra *infamia* se tornó en Estados Unidos en palabra clave con la que referirse a Pearl Harbor y también a la traición y la falsedad de los japoneses: a esa puñalada tramera que pedía a gritos su justo castigo y que jamás caería en el olvido. Cuando, escasos meses antes de cumplirse seis décadas de aquel hecho, se produjeron en Nueva York y Washington los ataques terroristas del 11 de septiembre, la de *infamia* fue la primera palabra a la que recurrieron muchos comentaristas estadounidenses para expresar la condición atroz de aquellos crímenes. Los expertos y los políticos, y otros muchos de cuantos estadounidenses se horrorizaron ante ellos, evocaron, casi como un reflejo, el nombre de «Pearl Harbor». El pasado y el presente se fundieron de manera momentánea, como la secuencia retrospectiva de una película.

El autor de estas líneas se encontraba en Vermont aquel día. Al siguiente, uno de los diarios locales anunciaba sin más con titulares de gran tamaño: «¡Infamia!», en tanto que en la primera plana del otro podía leerse: «¡Un día de infamia!». El de mi ciudad natal, *The Boston Globe*, encabezó así su edición del 12 de septiembre: «Otro día

de infamia». La cubierta del semanal de *The Washington Post*, publicado unos días más tarde, la ocupaba la cita del presidente Roosevelt: «Una fecha que pervivirá en la infamia».

George W. Bush se aferró a la misma analogía histórica mientras dictaba para su diario la noche del 11 de septiembre: «Hoy se ha producido el Pearl Harbor del siglo XXI». En el otro extremo del abanico político, el columnista liberal Paul Krugman, reflexionando acerca del primer aniversario de los atentados, escribió: «Es natural pensar en el 11 de septiembre como equivalente moral de Pearl Harbor, y en la lucha que comenzó aquel día como el equivalente de la segunda guerra mundial para esta generación».²

Lo que él rememoraba era la otra cara de la infamia: la sensación de atropello moral y la sed de venganza ante un enemigo insolente que despertó el crimen del 11 de septiembre como lo había hecho antes el del 7 de diciembre. El de «Acordaos de Pearl Harbor» se convirtió en el llamamiento más popular, con diferencia, de cuantos se emplearon en la guerra de Estados Unidos contra el Japón, que concluiría tres años y ocho meses después tras el lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki (entre los militares estadounidenses, la consigna adoptó, en ocasiones, una forma más vehemente: «Acordaos de Pearl Harbor: que no dejen de morir»). Tras la destrucción del World Trade Center y el ataque sufrido por el Pentágono, el lema que lo inundó todo fue: «11-S: Nunca vamos a olvidarlo».³

La similitud de estos gritos de guerra no es mera coincidencia: al igual que el hablar de *infamia*, la llamada al recuerdo del 11 de septiembre debió su eficacia a que los estadounidenses adultos entendieron de inmediato la resonancia existente entre las dos catástrofes —o se aferraron a ella—. Tal como puso de relieve cierta cartelera de la autopista Kennedy de Chicago, nadie necesitó aclaraciones: «¡No lo olvidéis nunca!», instaba el texto situado en el centro, a cuyos lados podían leerse estas dos fechas: «7 de diciembre de 1941», y «11 de septiembre de 2001».⁴

Pobre Japón: después de tantos años consagrados tras la guerra a enterrar el pasado y crear una nación pacífica, devota aliada de Estados Unidos..., y a las primeras de cambio, diecinueve terroristas suicidas islámicos a los mandos de aviones secuestrados resuci-

tan los recuerdos más punzantes de aquel conflicto antiguo y a todas luces superado. Los sintagmas *infamia* y «Acordaos de Pearl Harbor» volvieron a poblar las primeras líneas de las extensas muestras de interacción retórica que se dieron entre el pasado y el presente. Los ataques que se produjeron en Manhattan y el Pentágono también se compararon con las incursiones de los kamikazes, aun cuando esta táctica suicida no se adoptó hasta finales de 1944 ni tuvo nada que ver con Pearl Harbor ni, de hecho, con la agresión a la población civil. A la ubicación asolada en que se había erigido el World Trade Center se le dio el nombre de «zona cero», denominación asociada, en su origen, a la destrucción nuclear de Hiroshima y Nagasaki en 1945. A modo de transparente evocación de la célebre fotografía en que los soldados de la infantería naval posan plantando el pabellón estadounidense en la cima del monte Suribachi de Iwo Jima a principios de 1945, se hizo circular con profusión la de un grupo de bomberos que iza la bandera estrellada en medio de las ruinas aún humeantes de aquel lugar de Manhattan como símbolo del heroico propósito que había concebido la nación de aplastar al enemigo y luchar hasta la victoria. Estas imágenes emblemáticas de los soldados de 1945 y los bomberos neoyorquinos de 2001 se reprodujeron juntas en no pocas ocasiones.

El presidente y los encargados de elaborar sus discursos dejaron pasar pocas ocasiones de moldear la nueva catástrofe a semejanza del conflicto pasado. Si Roosevelt había movido guerra contra el Japón con un discurso memorable, Bush no dudó en declarar de inmediato la «guerra al terrorismo», y entre tal vorágine se perdieron las enormes diferencias existentes entre los hechos de 2001 y de 1941. A diferencia del Japón y de Alemania, potencias dotadas de formidables fuerzas militares, los nuevos antagonistas no operaban desde ninguna nación concreta, estaban armados de manera rudimentaria, poseían una organización muy poco rígida y empleaban tácticas «asimétricas» de enfrentamiento y destrucción adaptadas a cada ocasión concreta. Se manifestaban y volvían a desaparecer como fantasmas. Sin embargo, en lo político, había algo que revestía más importancia que estas diferencias: la oportunidad de investir a Bush con la dignidad de *presidente de guerra*, tal como había ocurrido antes con Roosevelt y Truman, y atribuirle los poderes anejos a tal condición.⁵

Dos meses después del 11 de septiembre, el presidente recurrió a otra comparación provocadora, más indirecta esta vez, sacada de la segunda guerra mundial: el genocidio nazi. Así, el 10 de noviembre, aseguró ante la Asamblea General de las Naciones Unidas que los terroristas estaban «buscando armas de destrucción masiva que convertir en herramientas con las que transformar su odio en un holocausto». Poco después, en el discurso sobre el estado de la nación, llevó más allá la analogía al reunir a Iraq, Irán y Corea del Norte bajo el apelativo común de «eje del mal». No podía ser más clara la alusión al Triple Eje, la alianza sellada entre la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial por intermedio del llamado Pacto Tripartito de septiembre de 1940, con el que pusieron broche a un quinquenio de relaciones cada vez más estrechas.

Este último incluía un acuerdo militar formal entre tres poderosas naciones-estado totalmente entregadas al afán de conquista. En cambio, Iraq, Irán y Corea del Norte carecían de un poderío, unos lazos comunes —oficiales o no—, unos ejércitos o arsenales y unos planes expansionistas comparables. En este caso, la analogía se asentaba, de manera forzada, en el argumento de que las tres poseían programas armamentísticos que incluían el almacenamiento de misiles y la existencia o la creación inminente de potencial nuclear susceptible de caer en manos de al-Qaeda o de otra organización terrorista. Desde el principio hasta el final mismo de la presidencia de Bush, se acusó de manera habitual a cuantos criticaban su guerra contra el terrorismo de estar repitiendo la respuesta más cobarde e impopular de cuantas se dieron ante el Eje antes de la segunda guerra mundial: la de «contemporización».⁶

Pearl Harbor, el Eje y aun el Holocausto: semejante saqueo a la última «guerra justa» resultaba, además de natural, irresistible y punto menos que adictiva, y fue cobrando fuerza por sí misma. Es célebre, por ejemplo, la espectacular aparición que hizo el presidente, el primero de mayo de 2003, después de que la guerra contra el terrorismo se convirtiera en una guerra «preventiva» contra Iraq, a bordo del portaaviones *Abraham Lincoln* a fin de festejar la victoria obtenida frente a las fuerzas heterogéneas de Sadam Huseín, ante un colosal rótulo en que podía leerse: «Misión cumplida». Aquella triunfal puesta en escena, más sutil que otros asaltos oficiales a la historia mi-

litar reciente de la nación, recordaba la aceptación que hizo el general Douglas MacArthur de la rendición formal del Japón sobre la cubierta del acorazado *Missouri*, atracado en la bahía de Tokio, el 2 de septiembre de 1945. Hasta el lenguaje empleado hacía pensar en aquel momento glorioso en que MacArthur había anunciado: «hemos completado la sagrada misión que nos habíamos impuesto».⁷

Más manifiestos y constantes fueron el uso y el abuso de la historia a fin de dar forma a lo que seguiría, supuestamente, a la caída de Sadam Huseín y el régimen despótico de su Partido Baaz. Esta campaña apuntó al Eje no en la guerra, sino en la derrota. Antes de la invasión, los altos funcionarios se afanaron en recordar el «final feliz» del Japón de posguerra a modo de anticipación tranquilizadora de lo que sería el Iraq del futuro, que incluía la acogida cordial de los conquistadores seguida de una serie de logros impresionantes en el ámbito de la reconstrucción y la democratización; y siguieron explotando la comparación mucho después de que se evaporase la identificación entre Bush y MacArthur y se tornara en larga invasión de una tierra violenta y fracturada la supuesta liberación de Iraq. (La Alemania ocupada resultaba menos útil en cuanto precedente positivo, pues aquella nación del Eje había quedado dividida, tras su derrota, en diversas zonas de ocupación entre estadounidenses, británicos, franceses y soviéticos, y no tardó en verse escindida en lo que durante la guerra fría se conocería como Alemania Oriental y Alemania Occidental.) El 30 de agosto de 2005, por ejemplo, Bush consagró poco menos que un discurso entero ofrecido en la base aeronaval de North Island (California) a esta variante particular del símbolo japonés.

El fundamento histórico de esta intervención, que recibió una amplia publicidad, fue el sexagésimo aniversario de la victoria sobre el Japón (el llamado Día V. J., que marcó el final de la segunda guerra mundial, tenía, en realidad, dos fechas, pues si bien el mikado anunció la capitulación de su imperio el 14 de agosto de 1945, la ceremonia formal de rendición se celebró, a bordo del *Missouri*, el 2 de septiembre). Entre los invitados al acontecimiento figuraban veteranos de la segunda guerra mundial, y el presidente se aseguró de nombrar a los estadounidenses combatientes en Iraq cuyos abuelos «se unieron a la poderosa fuerza que derrotó al Imperio japonés».

Estas menciones personalizadas caracterizaban en general las intervenciones públicas de Bush, aunque la del discurso del aniversario de la victoria sobre el Japón constituyó un intento en particular descarado —y dadas las fechas, desesperado— de poner de relieve el íntimo «vínculo sagrado» intergeneracional entre «patriotas del pasado y el presente que han vestido el uniforme de la nación». Al mismo tiempo, se hizo lo imposible por rodear al propio Bush del halo sagrado de Franklin Roosevelt. Si bien su Gobierno no dudó en vilipendiar a este y las medidas liberales de su New Deal en lo tocante a la política nacional, el discurso fue un himno de alabanza a la sabiduría, la clarividencia y la resolución de Roosevelt («y del presidente Truman, que lo sucedió») en calidad de dirigente en tiempos de guerra.

Casi es posible imaginar a los autores de los discursos de la Casa Blanca tomando ideas de una chuleta sobre la segunda guerra mundial subrayada con un rotulador fluorescente. Pese a que el ataque de Pearl Harbor y los «días aciagos» que lo siguieron recibieron la atención de costumbre, la alocución de aquel día recalcó con más insistencia la penosa lucha y los momentos decisivos de triunfo que se sucedieron a continuación, incluida la batalla de las Midway, acaecida a mediados de 1942, y «la erección de la bandera en Iwo Jima», unos dos años más tarde (esta isla japonesa, en la que las fuerzas estadounidenses sufrieron un mayor número de bajas a medida que se aproximaban a la victoria, se mencionó en numerosas ocasiones). Volvió a desenterrarse al feroz enemigo nipón («kamikazes embarcados en misiones suicidas, soldados que lucharon hasta el final, mandos agujados por la convicción fanática de que su nación estaba llamada a gobernar el continente asiático»), y se desenterró a los fantasmas de Jimmy Doolittle (que acaudilló «el primer ataque denodado sobre suelo japonés») y del general MacArthur (quien «hoy, viernes, hace sesenta años ... que aceptó la rendición japonesa a bordo del buque estadounidense *Missouri* en la bahía de Tokio).

De todo esto cumplía extraer una lección doble. En primer lugar, la historia había completado un ciclo:

En el momento de conmemorar este aniversario somos, una vez más, una nación que ha entrado en guerra. Las hostilidades han vuelto a arribar a nuestras costas con un ataque inesperado que ha acabado

con la vida de miles de los nuestros a sangre fría. Una vez más nos enfrentamos a enemigos resueltos entregados a una ideología despiadada que desprecia cuanto representa Estados Unidos. Una vez más, los estadounidenses y nuestros aliados nos vemos librando una campaña mundial con fuerzas destinadas en casi todos los continentes; y una vez más, tenemos la determinación de no descansar hasta que sea de Estados Unidos la victoria y esté garantizada nuestra libertad.

Y en segundo lugar, con miras al futuro, la derrota del Japón resultaba esperanzadora e inspiradora. «Los expertos estadounidenses y nipones aseguraban que los japoneses no estaban en condiciones de vivir en democracia», declaró —y de hecho, tal cosa ocurrió en realidad en los círculos conservadores de una y otra nación en 1945, acabada la guerra—, y a continuación dejó claro que unos y otros se equivocaban, y que en Iraq ocurriría otro tanto si los estadounidenses no se desalentaban ni abandonaban aquella noble lucha.⁸